

Licenciado Bernardino Ojeda reflexionando sobre el sitio prehispánico UNI-CISMID, investigado y consolidado parcialmente, y su relación con la Lima Norte contemporánea. Archivo fotográfico de la Oficina de Imagen Institucional de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería, 2018.



Entrevista

Bernardino Ojeda Enríquez

Egresado de la Facultad de Pedagogía, especialidad de Historia, y de la Facultad de Antropología y Arqueología de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco (UNSAAC, 1962). Becado por la UNSAAC para participar en las investigaciones del Centro Arqueológico de Chavín de Huántar, Áncash (1961). Asimilado como técnico restaurador por el Patronato Regional de Arqueología, para realizar trabajos en la ciudadela de Machu Picchu y participar de la creación del Museo de Sitio junto con el Dr. Manuel Chávez Ballón (1962).

Participó en el Centro Nacional de Prehistoria (1964), y fue fundador del Instituto de Antropología y Agricultura Precolombina de la Universidad Nacional Agraria La Molina, junto con el Dr. Frederic Engel (1965). Asimismo, fue nombrado jefe de campo en el proyecto arqueológico en el valle de Chilca, Costa central (1965-1980) y arqueólogo restaurador principal y residente en el centro arqueológico El Paraíso (1966-1967).

Resultó miembro participante en la elaboración del Plan COPESCO, Cusco, Puno, y asistente de la dirección a cargo del Arq. Víctor Pimentel Gurmendi, con auspicio de la UNESCO y el Gobierno peruano.

Ha sido coautor de artículos publicados en la revista *Science* (1991), sobre investigaciones en El Paraíso y Jayway, elaborados con los doctores Jeffrey Quilter y Daniel Sadweiss, de las universidades de Missouri y Maine (Estados Unidos). Asimismo, ha colaborado en la labor científica y divulgativa de más de 30 libros publicados por el Dr. Frederick Engel (1966-2002).

Finalmente, ocupó el cargo de comisionado sobre patrimonio monumental en las repúblicas de Ecuador y Colombia, auspiciado por la Organización de las Naciones Unidas, y ha resultado asesor del Proyecto de Investigación Arqueológica y Conservación en la Waka UNI-CISMID, de la Universidad Nacional de Ingeniería (2017-2018).

Entrevista realizada el 23 de mayo de 2018 por el Prof. Dr. José Hayakawa Casas, con el apoyo en la transcripción de la Srta. Luciana Ausejo Calmet.

JH: Buenas noches, licenciado Bernardino Ojeda. Agradecemos, a nombre de la revista *Devenir*, la oportunidad de entrevistarlo sobre temas vinculados al patrimonio edificado, en los que la revista viene trabajando. Estamos muy complacidos de contar con su testimonio.

La primera pregunta tiene que ver con su formación profesional. ¿Cómo se desarrolló? Usted es un arqueólogo con una trayectoria relevante y queríamos que detalle cómo esa disciplina se aproxima al patrimonio prehispánico peruano.

BO: Siendo originario de la ciudad del Cusco, mi formación profesional la efectué en la Universidad Nacional San Antonio Abad (UNSAAC). En primer lugar, tomé la especialidad en la Facultad de Pedagogía, para ser profesor en la especialidad de Historia y Geografía. Luego, paralelamente, tuve la oportunidad de seguir estudios en la Facultad de Antropología y Arqueología. Finalmente, pudo más lo segundo –debido a la influencia de mis profesores– y me encaminé por la senda de la Arqueología. Cuando era estudiante fui asimilado al Patronato Regional de Arqueología del Cusco, regido bajo el amparo de la Ley N° 6634 y creado por el Dr. Julio C. Tello. Así, tuve la oportunidad de acceder durante mi formación profesional a sitios emblemáticos del Cusco –donde el arquitecto Ladrón de Guevara realizaba restauraciones del famoso Intiwatana–, Raqchi, Pisac, Chanapata, Marcavalle y, finalmente, de trabajar como técnico en conservación y restauración en Machu Picchu. Esta experiencia modeló una formación incásica, la cual me permitió acceder a otros sitios arqueológicos y ganar una beca de la UNSAAC para realizar estudios en el Castillo de Chavín de Huántar. Todo ello bajo la influencia de mi profesor, el Dr. Manuel Chávez Ballón, de amplia trayectoria profesional en la materia. También influyó la generosa recomendación del Dr. John Rowe de la Universidad de California, profesional norteamericano que ha aportado, desde hace muchos años, a la investigación arqueológica en el Cusco.

Justamente es él quien en su cronología del Perú en general, pero en concreto del Cusco, planteó que la cultura killke precedió a la cultura inca. Prácticamente es el descubridor de este hecho, y el tiempo hizo coincidir que mi morada actual en el Cusco se encuentre en ese sitio. Es así que tuve la oportunidad de continuar haciendo estudios de bachillerato en el renombrado sitio arqueológico de Chavín de Huántar.

Al volver, en 1962, egresé de la universidad y tuve la posibilidad de retomar mis estudios de enseñanza secundaria. Las circunstancias cambiaron: cuando investigué en Racchi tuve la oportunidad de traer una maqueta del templo más grande del Perú incaico y exhibirla en el piso 13 del edificio del Ministerio de Educación, en el Parque Universitario. En ese entonces estaba de director nacional nada menos que el Dr. Luis E. Valcárcel, y el secretario era Daniel Valcárcel.

¿Y usted había completado sus estudios en la UNSAAC en...?

Completé mis estudios en 1962, y fuimos invitados el Dr. Chávez Ballón y yo al Patronato Nacional de Arqueología en Lima. Producto del trabajo de campo, hicimos una exposición temática de la localidad de San Pedro de Raqchi (Sicuani, Cusco) en Lima y, en esa concurrencia de historiadores y otros académicos prestigiosos del momento, tuve la oportunidad de saludar al arqueólogo francés Dr. Frederic Engel. Desde ese momento surgió su interés, puesto que estaba formando un equipo de investigadores de campo, entre los que estaba Christofer Donnan, de los Estados Unidos, quien estaba trabajando en la localidad de Chilca. Me absorbió con un compromiso de prueba para tres meses, pero se dilató tanto que, ininterrumpidamente, durante 35 años estuve al lado del Dr. Engel, hasta su sensible fallecimiento.

Entonces, ¿de qué año a qué año trabajó usted con el Dr. Christofer Donnan?

Pues, en 1963 llegué a conformar el equipo de campo del Dr. Engel en Chilca, a raíz del descubrimiento de un lugar del Prececerámico con una datación carbónica de 6 mil años. Eso significó que yo me trasladaba, cronológicamente, de antigüedades de 500 a 5 mil años, y especialmente

desde la línea de la playa marina hasta la zona altoandina (4,000 m s. n. m.). Destacan las Cuevas de Tres Ventanas, de 10 mil años de antigüedad, y el sitio de La Paloma, de 7,735 años ... y más de 900 km² y mil sitios documentados que hoy forman parte del Museo del Instituto de Antropología y Arqueología de la Universidad Nacional Agraria de La Molina. Fue un reencuentro emotivo y milenario en las profundidades de la cronología de la historia peruana.

Es extraordinario lo que plantea por el rango cronológico en el que le ha tocado trabajar... pero, además, es de importancia el tema de El Paraíso, por el componente relevante de historia de la restauración monumental del Perú. ¿Qué otros detalles tuvieron las labores desarrolladas en El Paraíso con el Dr. Engel?

Con el Dr. Engel procesamos una cuenca del valle de Chilca como estudio o modelo, porque no existían antecedentes de un estudio integral que comprenda las cuencas del valle bajo, el valle medio y la parte alta. Con esa experiencia, que tomó de 1963 a 1966, empezamos a cambiar del escenario de un valle sin escorrentía hidrológica –es decir, híper árido– al valle del Chillón, con un comportamiento de valle con una escorrentía del río y, con ello, accedimos a una segunda propuesta de análisis de los componentes y las reacciones en un valle con agua permanente casi todo el año. La presencia de sitios arqueológicos era densa, por lo cual del Dr. Engel las calificó como *culturas del desierto*.

Y luego vienen los estudios del río Chillón....

El río Chillón viene a ser una especie de segunda etapa de nuestros estudios (1965-1967). En nuestras visitas exploratorias al valle bajo, estuvimos acompañados por el Dr. Edward Lanning –arqueólogo y pupilo del Dr. John Rowe–, quien nos explicó el componente del valle bajo del Chillón, haciendo referencia a Chivateros, de 10 mil años de antigüedad. Luego pasamos a la margen izquierda del río y ahí observamos con mucha atención el componente arquitectural de la ruina de Chuquitanta, ahora denominada El Paraíso. Posteriormente, la imponente presencia de las pirámides hizo que nos propusiéramos hacer visitas continuas para captar la identidad cultural del sitio y, sorprendentemente, hubo elementos diagnósticos que indicaban que correspondía al Precerámico, como la presencia de textiles entrelazados hechos de algodón y la ausencia de maíz. Ya el Dr. Engel había notado en Culebras algo similar, pero, al ver la arquitectura atípica del sitio, inmediatamente propuso procesar una unidad. En ese momento había dos misiones extranjeras: una en la costa norte, con el arqueólogo norteamericano Dr. Junius Bird, en Huaca Prieta, y otra, con la misión japonesa de la Universidad de Tokio, liderada por el Dr. Seichi Izumi en Huánuco, en el Templo de las Manos cruzadas-Kotosh, a quienes he tenido el honor de conocer. Esa vinculación generó el entusiasmo necesario para aceptar y acceder a ese reto, porque en ese momento yo tenía ya una experiencia de campo con arquitectura de pequeñas dimensiones. Viene, entonces, la gran decisión de asumir la encargatura de procesar esta unidad. A propósito escogimos la Unidad 1, porque reunía las condiciones más espectaculares: está rodeada por colinas rocosas que le abrigan. En cierta forma, le da una prestancia y una cabecera de lo que ya tendió a ser la formación de una “planificación en U”; fue, además, una sugerencia de Lanning. Entonces, la Unidad 1 viene a ser la parte central en la que se distribuyen las demás unidades a ambos lados, con lo que queda la parte central plana y llana para ser empleada con diversos fines. Por lo tanto ya había un atisbo de una cierta forma de planificación, la cual perfecciona el concepto de la distribución planimétrica de las unidades, donde el diseño estaba constituido por dos brazos, y la parte monumental y alzada, en la parte central, y luego la plaza. Tenemos ejemplos varios: Huaca La Florida, Garagay, Huacoy, Cardal, Mina Perdida y Manchay bajo.

Entonces ustedes, como equipo, deciden intervenir con labores, no solo de investigación arqueológica, sino también de restauración y conservación de las estructuras de piedra. ¿Qué criterios y técnicas aplicaron?

En la coyuntura de ese momento, acceder a realizar un trabajo de restauración despertó recelo en los demás arqueólogos nacionales: era un francés el que lideraba el proyecto, y, a su vez, Kotosh era investigado por un japonés y el Dr. Junius Bird era americano. Hubo algún recelo en el ambiente nacional y en el corpus profesional arqueológico. No quiero nombrarlos pero

los guardo en reserva... Sin embargo, esa actitud permitió demostrar con mayor empeño que sí se podía acceder a una propuesta novedosa. Así, diseñamos las estrategias pertinentes para procesar el sitio, y permanecí 18 meses inamovibles alojado en un campamento muy rústico, con material reciclable. Nos acomodamos y luego tomé la encargatura de la parte restaurativa. El Dr. Engel, con sus visitas continuas, se concentró en decapar, limpiar e investigar la composición de las estructuras. Aparecieron elementos que nos recordaban otros lugares, especialmente de la costa norte, como Huaca Culebras, que reforzaban nuestras observaciones acerca de la identidad de lugar. Por ejemplo, un estrato doméstico de basura acumulada y un tejido de algodón entrelazado, recurso típico para evaluar la cronología de ese momento, nos presentaron ciertas seguridades. Tuvimos mayor ímpetu para poder acceder a la restauración, aunque del ambiente que ya describí nos decían “no restauración, sino reconstrucción”, lo cual nos desubicó. Pero, por una circunstancia muy especial, el arquitecto Víctor Pimentel nos trajo una copia de la *Carta de Venecia* –gestada dos años antes, en 1964–. No sé quiénes más la habrán aplicado, pero sospecho que fuimos nosotros de los primeros en hacerlo en Perú. Recuerdo que al inicio de la lectura de la carta no se entendían los términos, pues no entraban dentro de nuestro menú, especialmente el trabajo de *anastilosis*. Justamente, la aplicamos, por primera vez, porque su concepto central es la restauración por recomposición. Entonces, sobre esa base, no hacíamos un trabajo más que de anastilosis, es decir, reponer piedras colapsadas prescindiendo de la argamasa original, ya pulverizada y salinizada después de más de 3,500 años. Pero en el camino sucedió un accidente, pues no se podían soportar las estructuras pesadas, especialmente las del ingreso; dado que la carga era tanta, el muro cedió y se vino abajo. Tuvimos que detener la obra porque no se podía aplicar anastilosis en El Paraíso.

Ahí es donde el concepto de restauración tomó fuerza como procedimiento, y nos pusimos a plantearlo... que había que amasar barro nuevamente y volver a emplear las piedras, de manera que se hiciese un trabajo de restauración y consolidación necesario ante las circunstancias dadas, durante 18 meses (1966-1967) continuos y con una plantilla de 10 obreros. Ya en los avances de labores, la inquietud de los arqueólogos se acrecentó, porque vinieron a visitarnos el Dr. Jorge C. Muelle y el Dr. Toribio Mejía Xespe del Museo de Arqueología e Antropología de Pueblo Libre, además del rector de la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), el Ing. Mario Samamé Boggio, junto al Arq. Santiago Agurto Calvo, el Arq. Víctor Pimentel Gurmendi y el Sr. Ettore Nappoli –quien hizo su tesis para optar el grado de bachiller al respecto–, respectivamente decano, profesor y estudiante de su Facultad de Arquitectura. Todos ellos estaban muy interesados, porque el Dr. Engel tenía mucha cercanía con el arquitecto y presidente de la República, Fernando Belaunde. En ese entonces, había un círculo muy favorable a la arqueología, especialmente en torno a la restauración. Es así que Fernando Belaunde desarrolla el primer *Atlas del Perú*, que pesa nueve kilos, donde se resalta nuestra labor en El Paraíso como uno de los trabajos innovadores del momento.

Volviendo al tema de la excavación, la *Carta de Venecia* tuvo un efecto parcial, pero la restauración la culminamos, ya con nuestras experiencias, mediante la consolidación y la definición de los trazos. Se nos presentó la importante circunstancia de que en los niveles estructurales había varios estratos arquitecturales. Por lo tanto, pensamos en diseñar la composición general de la volumetría hipotética, mostrándola con todos sus componentes hasta definir la última etapa, para dar a entender la altura, porque, además, había testimonios edificados que nos ayudaron a hacer el levantamiento a esa cota. Justamente el Dr. Luis Lumbreras –quien es muy acucioso en sus inquietudes– me dijo: “Bernardino, ¿por qué das esta altura?” Entonces le mostré un crucero intacto, que no había sufrido ningún impacto de caída, que tomé como altura máxima de referencia y a partir del cual traté de nivelar. Además, había una coincidencia interesante: la composición por reposición de las piezas colapsadas daba esa altura y, además, es casi de la talla de la persona que había podido utilizarlos. En suma, había tres factores que podían garantizar que la altura dada no era ficticia o imaginaria, así que con estas características tratamos de completar la restauración. Además, surgió una situación muy interesante porque, justamente, un ingeniero de resistencia de la UNI, al visitarnos, se fijó en el tipo de relleno de las plataformas que superponían las estructuras para las elevaciones o para los ambientes elevados, e indicó que esos rellenos, o –como las denominamos– canastas rellenas con piedras pequeñas o *shicras*, que vienen como subproducto de las canteras, eran puestas uno al lado de otras y yuxtapuestas para rellenar todo

un ambiente de cientos de canastas. En la cantera encontramos los famosos *combos*, los cuales no eran sino cantos rodados de material duro, granitos, que al golpear en las canteras desgajaban bloques de piedras. Entonces, en el moldeo para las jambas, para las esquinas de los sitios, eran necesarios para dar la cuadratura, pues tenían que martillar en la cantera: estas piedras pequeñas que salpican eran acumuladas en canastas tejidas de hojas de gramíneas o gramas. Ello evidenciaba la división de labores domésticas que complementaban la edificación. Estas shicras –redes circulares tejidas y anudadas, hechas con fibras, y hojas de gramalotes u hojas de caña brava–, puestas en esa disposición, tenían virtud antisísmica, pues al darse un movimiento telúrico no había desplazamiento, porque estaban englobadas en las canastas: acompañaban al movimiento. Gracias a este ingeniero de la UNI, pudimos entender ese fenómeno y esa virtud mecánica de las canastas. Estas características las encontramos ahí por primera vez; después, en repetidas ocasiones y en sitios similares, se emplearon como un elemento diagnósticante en Caral, Buena Vista y Shicras. En varios lugares se han encontrado esos elementos llenos de terrazas de ambientes, de pasajes, pero con relleno de shicras.

Licenciado, en el equipo de investigación y exploración liderado por el Dr. Engel estaba usted, pero participaron otros miembros. Hay una tesis de bachillerato de la Facultad de Arquitectura de la UNI, de la década del 60, de un estudiante de ascendencia italiana, Éttore Napoli, que llama mucho la atención porque hace referencia de los trabajos realizados en El Paraíso, con fotografías de aquella época. ¿Cuál era el equipo humano a disposición?

En cuanto al equipo, pues, con toda franqueza, lo constituía al comienzo el ingeniero Héctor Chávez –quien hizo los levantamientos topográficos, aunque después me pasaron la encargatura y la parte topográfica la seguía procesando–, y la fotografía y restauración las ejecutaba quien habla. Todas las labores podían resumirse en una persona; no he tenido la oportunidad de trabajar multidisciplinariamente. Ahí faltaban conservadores, fotógrafos, topógrafos, etc., pero estábamos en cero, en un ambiente prácticamente inicial, abriendo un camino. Por ejemplo, surge esta posibilidad de efectuar labores de Precerámico y, de repente, nosotros somos los pioneros en haber hecho una restauración del Precerámico final, ya que en Kotosh no hicieron trabajos más que de excavación, de estudios, de análisis, y ahí quedó todo. Pero la demostración de la conformación arquitectural de la volumetría que mostró la Unidad 1 sirvió para tener un concepto de la alta arquitectura, basándonos, además, en otros componentes, como la agricultura y la extracción alimentaria de origen marino, es decir, el uso racional de los recursos del medioambiente que rodeaba. Todo esto conlleva a valorar la arquitectura como una resultante de esa economía alimentaria, de esa posibilidad del movimiento social en la distribución de las labores.

Posteriormente, se realizaron otros valiosos trabajos de investigación que han dado continuidad a nuestras labores: en 1985 la Universidad de Ripon, de EE. UU., bajo la dirección del arqueólogo Jeffrey Quilter realizó trabajos de investigación en la Unidad II y excavaciones estratigráficas cercanas a la Unidad I; en 2012 el arqueólogo peruano Marco Guillén procesó la Unidad V; y desde 2014 el equipo peruano liderado por el arqueólogo Dr. Joaquín Narváez y el conservador Santiago Morales investiga y trabaja en la conservación de las demás unidades.

De cara al trabajo muy relevante en el cual usted ha colaborado y llevado a cabo en una huaca, denominada durante mucho tiempo y oficialmente Huaca Aliaga, pero que investigaciones más recientes de profesores de la UNI demuestran que se puede llamar Huaca UNI CISMID, por la proximidad al Instituto de Investigación Sismológica que la cooperación japonesa apoya... ¿Cómo se desarrolló el proceso de investigación, conservación y consolidación monumental llevado ahí?

En este caso, mi encargatura fue la de coordinador; el director del proyecto era un colega, el Lic. Alan Ríos. Él es quien ha llevado todo el proceso, pero como coordinador estable he podido observar cómo se realizaba el tratamiento adecuado, dando prioridad a su conservación –encargada al Lic. Santos Ríos–. Sin embargo, la necesidad del Reglamento de Intervenciones Arqueológicas (RIA) exigía un Proyecto de Investigación Arqueológica (PIA). En ese sentido, pues, dos

caminos se han escogido bajo la atenta disponibilidad de atender todos los elementos exigidos por el RIA del Ministerio de Cultura. El proceso de investigación con conservación se desarrolló en simultáneo, con levantamientos topográficos (estación total), vuelo de drones, escaneo in situ, sectorización y ubicación de las cuatro unidades –dos en la parte superior, donde está la parte rocosa, y dos en la parte llana– de excavación con cuadrícula de los mismos; luego, dibujos de planimetría antes de la excavación; y, finalmente, ubicación de la cota general, considerando una altura elipsoidal y cota máxima de 130.272 metros. La unidad orientada hacia el Norte, con un frente amplio de más de 100 metros de longitud, se ha podido procesar arqueológicamente, pensando que este lugar iba a brindar mayores datos culturales, hecho verificable mediante los vestigios de varias etapas constructivas.

Esta ubicación, con un componente arquitectural de muros de muros de adobón, adobes, tapias y estructuras de cantos rodados, muros de contención, contrafuertes, escalones, pasadizos y terrazas que se superponen para luego hacer un remate en la parte superior en ambientes de recintos, permite suponer que se trata de un centro administrativo y, tal vez, ceremonial, por su ubicación elevada y por tener delante una llanura: escurría hacia las faldas del cerro de manera que había un control, porque la dinámica de este centro era la agricultura como actividad primordial. Las circunstancias dan cuenta de factores ineludibles para considerarla una ubicación estratégica, manejada de acuerdo a los componentes del medio geográfico que la rodeaba. Pensemos en Huaca Aliaga, dentro del campus universitario –el arquitecto Enrique Guzmán ya lo diseñó, ya lo compuso y lo explicó diligentemente–: se puede ver una realidad donde la composición y la ubicación corresponde a los demás lugares que han conformado una amplitud, que inclusive ha trascendido a otros lugares, como La Pampa de Amancaes. Es todo un sistema de asentamientos que se van ubicando en la conformación natural de la geografía de lugar.

Así, es posible ver que culturalmente corresponde a un curacazgo, componente del señorío Collique, el cual resalta como toda una fortificación, con un componente arquitectural de muchas residencias en varios niveles y una posterior reocupación inca. En Collique he tenido la oportunidad de hacer un levantamiento topográfico, lo cual me permite aseverar esa posible reocupación inca. En la huaca UNI-CISMID, al parecer, también se observa esa misma conformación de reocupación cultural inca (transición). Los otros momentos culturales serían colonial y contemporáneo. Por lo tanto, se trata de una cultura muy arraigada antes del impacto incaico en toda la costa central.

¿Puede comentar un poco más sobre las labores de consolidación y conservación que se han llevado a cabo ahí?

El trabajo allí necesitaba un tratamiento específico sobre la consolidación de la restauración, por lo que se ha procurado emplear materiales cuyos componentes están supeditados a la durabilidad en el tiempo. Entonces, se ha hecho un tratamiento con tierras traídas de otros lugares, con un macerado de tiempo en agua y cal, que le brinda dureza y durabilidad. Esto permitió actuar sobre las grietas y rajaduras de las bases y cabeceras de los muros que habían sufrido deterioro por tiempo o por la acción del hombre, empleando la estrategia de combinar adobes consolidados prefabricados con anticipación, y cantos rodados para rellenar los vacíos en gradiente rocoso empleando *barro estabilizado*. Actualmente, esta técnica se utiliza en varios lugares arqueológicos, de manera que se procuró acercarse a la autenticidad del material, haciendo hincapié en la parte superior, para que la humedad no lo deteriore prontamente.

Las labores de consolidación y restauración exigieron preparar espacios de implementación como tendales, centros de acopio para materiales, construcción de pozos de maceración, etc. y un laboratorio de campo para realizar análisis de tierras, grados de salinidad y resistencia. Se usaron herramientas, agua destilada desionizada, registro de calor y silicato de etilo para que el barro tenga consistencia en el tiempo.

¿Qué lecciones aprendidas se obtuvieron en este interesante proceso, donde la UNI apostó por la recuperación de la Huaca UNI CISMID en alianza con la Fundación del Ing. Del Castillo, a través del Museo Andrés Del Castillo? ¿Cuál es desafío de articular este

bien prehispánico con la comunidad universitaria de la UNI, que tiene una serie de experiencias y una larga historia de vinculación con el tema patrimonial?

Esperamos continuar con una segunda etapa y, paralelamente, vamos a tener que invitar a la comunidad para que se integre a esta realidad cultural, mas, no solamente a la comunidad en sí, sino, prioritariamente, al estudiantado de la especialidad de Arquitectura, a fin de que participen de estas labores de identidad cultural. De esa manera, aportaremos a reforzar el sentimiento de identidad que se necesita. Tenemos el compromiso de conjugar la necesidad de invitar a la comunidad. Se tiene en mente propiciar una mayor afluencia mediante programas bien definidos, para luego dar oportunidad y acción a esta comunidad. Sería interesante e importante conformar ambientes donde se propicie una demostración del contenido del lugar, a manera de muestrarios de lo hallado, salas demostrativas de lo que se está haciendo, una especie de centro de interpretación. Hay una infinidad de oportunidades para representar el componente cultural de estos sitios. Inclusive, si tenemos la oportunidad de desarrollar un programa bastante definido de visitas, podríamos ofrecer replicas, las cuales conllevarían a una identificación con el sitio, aprovechando los diseños y cuanta forma se presente, de acuerdo a los materiales encontrados.

Le solicitamos una reflexión final para la comunidad sobre la relación universidad y patrimonio.

En ese sentido, tengo bien clara la idea de compatibilizar el deseo, cada vez mayor, de aprendizaje sobre sitio patrimonial en el espíritu del estudiantado, para que así sea valorado en su real dimensión. Ello contribuye a fijar el sentido del patriotismo, pero basado en un hecho material de identidad prehispánica.

Muchas gracias, licenciado, estamos sumamente complacidos, y valoramos sus aportes y testimonios vertidos en esta entrevista.

Muchas gracias, a usted, por esta oportunidad.